

Fosforito enciende el duende

Diario CÓRDOBA publica un libro sobre el cantaor de Puente Genil, voz eterna y mundial, que recoge la intensa trayectoria artística de Antonio Fernández Díaz

POR Tico Medina 31/07/2016

Arde España y es verdad, la pobre España. Arde en la palabra que no se dice que, a veces, es la más fuerte. Arde en los bosques del norte, sur, este y oeste. España está llena de pirómanos, escondidos, asesinos de los bosques, como el rayo.

Pero menos mal que arde también en el cante, en el baile, porque el flamenco es eso, que si no se arde, es ceniza. De ahí que me pare este domingo de fuego en tantas cosas, entre otras la calor que no cesa. También es triste que solo sea por eso que Córdoba sea noticia, con cada casa en la apoteosis del abanico, que sigo diciendo que es lo mejor del mundo porque es llevar aire acondicionado contigo, y que tú lo pones al punto que quieres.

Y, además, aparte de la visita a la Posada del Potro, que es gloria bendita, donde están las salas de ese coleccionista del duende que es Fosforito, esencia del cante, elogio ese libro como un romance, tan bien escrito que se llama así con las pinzas del periódico CÓRDOBA, que es el nuestro, líder además del sur como saben, con el sello del Ayuntamiento de Puente Genil, de la Junta de Andalucía y de la Diputación de Córdoba.

Cuatro, que son cuatro, las patas de esta mesa de papel, todo muy bien escrito, donde se dice todo de Antonio Fernández Díaz, Fosforito, al que por cierto yo conocí hace tanto, tanto tiempo, cantando en las Minas, o en Madrid, cuando era Madrid, en el Villarroza... Fosforito, como escribe nuestro director Francisco Luis Córdoba en su artículo introductorio del libro que con el corazón les recomiendo, es esencia y cartel del patrimonio andaluz.

Y que es verdad, porque su voz es eterna y, además, mundial, aunque sea nuestra. Me gusta Fosforito, esa una luz en la oscuridad, fósforo total, que enciende el duende; me gusta el Fosforito de la vena hinchada del cuello, la vena gorda de la vida y de la voz, el Guadalquivir del duende, y esas manos apretadas, abrazadas, juntas, para que la voz salga del todo y se enrede en todo y sea también para ti la vida.

O sea, que cuando por ejemplo me acerco a Antequera, por donde salía el sol antes, aunque ahora va y se queda en Córdoba, y escucho el nombre de Puente Genil me alegra el cuerpo, porque el hermoso pueblo, siempre al paso del tren, se ve que está en el mapa, aunque en el mapa ya lo puso antes el poeta, que escapaba, y escapa de su garganta culta y antigua, como un río, como una copla, como un quejío, que no hay palabra como esa, porque al mismo tiempo es el gustazo final de un acto de amor, y al mismo tiempo, ya digo, un grito de dolor que nadie puede imitar sino al que le duele; que hay dos tipos de puñaladas, una en el cuerpo y otra en el alma, que es la del quejío flamenco de Fosforito, tan bien escrito en este libro de mano, de amor, escrito y publicado, que quiero que llene la última página de este domingo de julio.

Y aunque hay más cosas, muchas más, me las guardo, me las cuelgo en la percha de olivo que está tan cerca de mi cama y donde coloco los sombreros de mi vida entera. Córdoba de las gargantas de fuego, cuando el

sol se baja a la mitad del techo y la luna, aunque sea la media luna, se nos queda en el interior. Festival de Cante Grande de Puente Genil, bienvenido, en el tiempo de los festivales, que ya saben que lo cuento siempre, que yo estaba en el Alcázar de los Reyes Cristianos aquella noche en la que le entregaron la Llave de Oro del Cante a Antonio Mairena. Pero siempre hay una lágrima en cualquier historia que se cuenta. Se nos fue José Menese, al que Antonio Mairena me llevó a conocer en una zapatería. Menese admiraba también mucho a nuestro Fosforito. Y mucho después vino mi amistad con Manuel Moreno Maya, El Pele, que es el único que me ha llamado sabio.

Pero no quiero que se me vaya el pájaro del olvido al cielo. No. Porque se nos fue el fotógrafo Canito, que tenía más de cien años. Un día, hace tiempo, con su canana de cámaras en la cintura, en la plaza de Los Califas de Córdoba, con el maestro Pepe Toscano en el callejón de la gloria, en aquel burlaero donde ya engañábamos al toro de la edad, me confesó: «¿Sabes lo que te digo, maestro Tico?, que Manolete aquella tarde de Linares ya llegó medio muerto a la plaza». Cierto. Lo había herido el toro del amor y el desamor al mismo tiempo, o sea, hablando de llama, que cuando el fuego no se apaga, no hay bombero que pueda remediarlo. En agosto recordaremos su trágica muerte.

CORDÓPOLIS®

www.cordobopolis.es

La vuelta de Rai: 3.000 kilómetros con 70 años



CORDÓPOLIS | 31 de julio de 2016 a las 9:25 |

Raimundo Suárez, un emblema del ciclismo en Puente Genil, recibe un homenaje de sus paisanos tras una hazaña con fondo solidario | “Los retos me hacen mantenerme vivo”, confiesa

¿Qué lleva a un hombre de casi 70 años a recorrer España en bicicleta? ¿Un desafío personal? ¿Un mensaje a la sociedad? ¿Un objetivo solidario? ¿Un amor sin límites por el deporte? Raimundo Suárez puede contar algo al

respecto. Quizá existe un poco de cada uno de esos ingredientes en la motivación que impulsó a Rai, un emblema del deporte popular en Puente Genil, a emprender una singular aventura de 18 días y 3.000 kilómetros sobre una bicicleta. El recorrido comenzó el 9 de julio. Y fue duro. Cuando esta semana ha regresado a su pueblo, el homenaje de sus vecinos emocionó a este deportista ejemplar, que el pasado año fue premiado en la Gala del Deporte local por sus años de labor como presidente del club ciclista de carretera. Para los demás resulta excepcional lo que para Rai es una rutina. “Los retos me hacen mantenerme vivo”, confiesa.

El último ha sido esta vuelta a España en solitario, realizada a beneficio de Disgenil (Asociación de Ayuda al Discapacitado de Puente Genil) y que ha contado con el respaldo de varias casas comerciales pontanas como patrocinadores. No es la primera “pequeña locura” -como suele llamar a sus hazañas- que Rai ha realizado encima de una bicicleta. Ya estuvo haciendo los grandes puertos franceses que se suben en el Tour: Tourmalet, Izoard, Madeleine, Galibier... Se le ocurrió después que sería buena idea afrontar los del Giro de Italia. Y se fue a subir el Gavia, Stelvio, Mortirolo... Hace un par de años se propuso hacer 300 kilómetros el mismo día en una ruta Puente Genil – Andújar (Virgen de la Cabeza) – Puente Genil. “Y aún me quedaban

fuerzas para seguir”, explicaba. También abordó otra carrera hasta la Aldea del Rocío, con salida y vuelta a Puente Genil: 400 kilómetros seguidos. Sin miedo.

“Haciendo el camino de Santiago, compartí unos kilómetros con un chico que estaba dando la vuelta a España y me encantó la idea”, cuenta Raimundo. En ese momento se puso a buscar apoyos, porque en este caso la logística era más que compleja. Una vez movilizados todos sus amigos y conocidos, casi 20 empresas colaboradoras y, por supuesto, con el impulso y patrocinio del Ayuntamiento de Puente Genil, a través de Turismo Puente Genil y la Villa Romana de Fuente Álamo, el proyecto de la Vuelta de Rai se hizo realidad. Rai contó con el apoyo en ruta de un coche de avituallamiento y asistencia, conducido por el fotógrafo Juan Carlos Chacón, y “desde tierra” tuvo el contacto directo con el arquitecto y ciclista Paco Marín y el técnico de marketing y también ciclista Javier Navarro, quienes se dedicaron a coordinar el evento y difundirlo. Todos los integrantes del Club Ciclista de Puente Genil colaboraron con él a diario, además de una legión de seguidores y amigos. Rai nunca pedaleó solo. El reto se transformó en una prueba para apoyar a Disgenil patrocinando kilómetros, para posteriormente donar la cantidad íntegra recaudada a esta asociación.

Con jornadas de casi 200 kilómetros y varios puertos de montaña en cada una, temperaturas de más de 40 grados y un viento en contra que no dejó de acompañar en casi todas las etapas, Rai salió de Puente Genil para hacer escalas en Barcelona, Santiago de Compostela y retorno a su pueblo. No faltaron las dificultades. Desde una caída a pocos días de comenzar, que estuvo a punto de costarle el reto, hasta quemaduras, pérdidas de ruta, desfallecimientos, insomnio, rozaduras... Y, por supuesto, dolor de piernas. Al final, todo el sufrimiento valió la pena. El aplauso de sus paisanos de Puente Genil y el resultado de la labor solidaria otorgaron a Rai el maillot más valioso del ciclismo.